

Entre el pragmatismo comercial y el idealismo evangelizador: la política exterior de Estados Unidos en Oriente Medio (1800-1865)

Between Commercial Pragmatism and Evangelizing Idealism: U.S. Foreign Policy in the Middle East (1800-1865)

Javier Gil Guerrero¹

Universidad de Navarra (España)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0659-4490>

Recibido: 01/03/2026

Aceptado: 29/03/2026

Resumen

El desarrollo de las relaciones diplomáticas, comerciales y culturales de los Estados Unidos con las potencias del Próximo Oriente durante la primera mitad del siglo XIX es un proceso poco estudiado por una historiografía centrada en la presencia estadounidense en la región tras 1918 o 1945. La política exterior estadounidense en Oriente Medio durante gran parte del siglo XIX estuvo marcada por una dualidad fundamental: el pragmatismo mercantil, que buscaba la apertura de mercados mediante tratados de navegación y el estatus de “Nación más favorecida”, y un idealismo evangelizador, liderado por misioneros protestantes, que actuaron como embajadores del ideario y del espíritu de su nación. A diferencia de las naciones coloniales europeas, Estados Unidos proyectó una imagen de “potencia benévola” y desinteresada, centrada en la no interferencia y en la superioridad técnica y moral más que en la conquista territorial. Esta actitud hizo que el Imperio otomano, Omán o Persia vieran en Washington una posible “tercera fuerza” aliada con la que contrarrestar la creciente injerencia de países como Rusia o Gran Bretaña. El gobierno estadounidense, sin embargo, rechazó sistemáticamente establecer alianzas con las potencias locales.

Palabras-clave: Estados Unidos, política exterior, comercio, Oriente Medio, tratados, siglo XIX, misioneros, Imperio otomano, Persia, Egipto, Omán.

¹ (jgilgue@unav.es). Página web: <https://scholar.google.com/citations?user=o6guNtoAAAAJ&hl=en>. Esta publicación está enmarcada en el proyecto de investigación “Miradas cruzadas entre los mundos iraní y hispánico. Relatos y representaciones en la contemporaneidad”, financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades de España (Referencia: PID2023-1502740A-I00).

Abstract

The development of the United States' diplomatic, commercial, and cultural relations with the powers of the Near East during the first half of the nineteenth century is a process that has received limited attention in a historiography largely focused on the American presence in the region after 1918 or 1945. U.S. foreign policy in the Middle East throughout much of the nineteenth century was marked by a fundamental duality: mercantile pragmatism, which sought market access through navigation treaties and “most-favored-nation” status, and an evangelizing idealism led by Protestant missionaries who acted as ambassadors of their nation’s values and spirit. Unlike the European colonial powers, the United States projected the image of a “benevolent” and disinterested power, centered on non-interference and on technical and moral superiority rather than territorial conquest. This attitude led the Ottoman Empire, Oman, and Persia to view Washington as a possible “third force” ally capable of counterbalancing the growing interference of countries such as Russia or Great Britain. The U.S. government, however, systematically rejected establishing alliances with local powers.

Keywords: United States, foreign policy, trade, Middle East, treaties, nineteenth century, missionaries, Ottoman Empire, Persia, Egypt, Oman.

La emergencia de los Estados Unidos como actor relevante en Oriente Próximo durante el siglo XIX no fue el resultado de un plan geoestratégico nacional, sino el producto de una compleja amalgama de iniciativas individuales de misioneros, comerciantes y viajeros que se adelantaron a la formulación de una política coherente por parte del gobierno estadounidense. Los misioneros y los comerciantes no solo precedieron la acción de su gobierno en Oriente Medio, sino que, en muchas ocasiones, forzaron a Washington a desarrollar una política exterior en la región (Bryson, 1977: VII). Esta política, principalmente reactiva, hubo de definirse y abrirse paso en una parte del mundo que no constituía un lugar prioritario para los intereses estratégicos de la nación y que estaba en vías de ser dominada por las potencias coloniales europeas. Mientras los políticos estadounidenses centraban su atención en la expansión hacia el oeste, las tensiones internas sobre la esclavitud y la instauración de una primacía sobre el continente americano que pusiese fin a la injerencia europea en él, Oriente Medio constituía un escenario remoto donde el pragmatismo mercantil y el idealismo evangelizador, fruto de iniciativas privadas, se entrelazaban para forzar una política exterior insólita.

El motor ideológico más persistente de la presencia estadounidense en Oriente Medio fue el movimiento misionero protestante, coordinado

principalmente por la Junta Americana de Comisionados para las Misiones Extranjeras (ABCFM). La llegada de los reverendos Pliny Fisk y Levi Parsons en 1819 marcó el inicio de una penetración cultural que, aunque inicialmente buscaba la conversión religiosa en Tierra Santa, acabó transformando la región mediante la creación de una vasta red de escuelas, hospitales y universidades. Aunque inicialmente la ABCFM buscaba la conversión de judíos y musulmanes, en 1831, ante el fracaso de sus esfuerzos, tuvo que redirigir sus esfuerzos hacia la conversión de los cristianos de las “iglesias degeneradas de Oriente” (Grabill, 1971: 7). Estos misioneros, imbuidos del espíritu del Destino Manifiesto, no solo buscaban la salvación espiritual, sino que también actuaban como portadores de la modernidad estadounidense mediante sus labores educativas y sanitarias. En el plano comercial y diplomático, la política estadounidense estuvo guiada por la necesidad de romper la dependencia de la mediación británica, que se había vuelto onerosa y problemática tras la guerra de 1812, y de proteger el acceso de los comerciantes a los mercados persa y otomano. La firma del Tratado de Navegación y Comercio de 1830 con el Imperio otomano y el acuerdo de 1833 con el sultán de Mascate y Omán fueron hitos que otorgaron a Estados Unidos el estatus de “Nación más favorecida”, lo que permitió que sus productos compitieran en igualdad de condiciones con los de las potencias europeas. Para los líderes regionales, Estados Unidos representaba la promesa de un “amigo imparcial” con la fuerza económica e industrial de los europeos, pero sin su duplicidad ni sus ambiciones territoriales.

La presencia estadounidense en Oriente Medio entre 1800 y 1865 constituye una laguna en la bibliografía académica centrada en la política exterior estadounidense en la región tras la Primera Guerra Mundial, la Segunda Guerra Mundial o la Revolución Islámica de Irán. Es el caso de las monografías escritas por autores como Rashid Khalidi (Khalidi 2005 y 2010), David W. Lesch (Lesch y Hass, 2018), Lloyd C. Gardner (Gardner, 2011), Andrew J. Bacevich (Bacevich, 2016), Peter L. Hahn (Hahn, 2005), Douglas Little (Little, 2008) o Melani McAlister (McAlister, 2005). Algunos trabajos sí que han ampliado el foco o lo han centrado en el inicio y la consolidación de las relaciones entre Estados Unidos y Oriente Medio a lo largo del siglo XIX. Es el caso de Michael B. Oren (Oren, 2007) y David H. Finnie (Finnie, 1967). James A. Field centró su estudio en la política hacia el Mediterráneo, otorgando gran importancia a las relaciones con el Imperio otomano y con Egipto (Field, 1969). John Ghazvinian (Ghazvinian, 2021), Kamyar Ghaneabassiri (Ghaneabassiri, 2002: 145-175), Firoozeh Kashani-Sabet (Kashani-Sabet, 2011: 607-625) y Abraham Yeselson (Yeselson, 1966) han escrito sobre el inicio de las relaciones con Persia, y Cassandra Vivian (Vivian, 2012), Gail E. Meyer (Meyer, 1980) y L. C. Wright (Wright, 1969) sobre Egipto. Sigue siendo necesaria, no obstante, una obra de referencia actualizada que aborde minuciosamente el conjunto

de las relaciones con Oriente Medio durante la primera mitad del siglo XIX, ya que obras como las de Finnie o Field datan de los años sesenta del siglo pasado. Para el estudio del origen de la presencia estadounidense en la región, he recurrido a los autores citados anteriormente y a las investigaciones de otros académicos. También he hecho uso de las memorias, crónicas y diarios de los misioneros, diplomáticos y comerciantes estadounidenses que impulsaron el inicio de las relaciones entre Estados Unidos y Oriente Medio. Este artículo también se apoya en los informes anuales de la ABCFM sobre las labores realizadas por los misioneros, así como en la correspondencia diplomática recopilada en los archivos del Departamento de Estado.

Los misioneros en el Imperio otomano

Detrás de la labor misionera en Oriente Medio estaba la Junta Americana de Comisionados para las Misiones Extranjeras (ABCFM por sus siglas en inglés), una organización fundada en 1810 para impulsar y coordinar las misiones congregacionalistas y presbiterianas. Los primeros misioneros enviados por la ABCFM al Imperio otomano fueron el reverendo Pliny Fisk y el reverendo Levi Parsons. Partieron a finales de 1819 con cartas de recomendación del secretario de Estado John Quincy Adams. El puerto de Esmirna fue su punto de entrada en la región. Tras estudiar árabe y las costumbres locales, partieron hacia Jerusalén. Ante la escasa receptividad de los judíos y la prohibición otomana de predicar a los musulmanes, centraron su labor de evangelización en las comunidades cristianas ortodoxas y armenias. Su esperanza era que, tras la conversión de estos cristianos, su ejemplo moviera a sus vecinos judíos y musulmanes. No habría de ser así. Parsons murió de disentería en 1822 y Fisk pasó a dirigir sus esfuerzos hacia Beirut, donde inauguró una escuela en 1823. Sería la primera de las muchas instituciones educativas que los misioneros inauguraron en Oriente Medio. En 1825 Fisk moriría tras ser apaleado por unos bandidos árabes durante uno de sus viajes.

Parsons y Fisk murieron sin lograr la conversión masiva de las gentes de Tierra Santa. No obstante, los colegios creados en el Líbano constituirían una semilla fértil y su labor continuaría en manos de otros misioneros enviados por el ABCFM. Isaac Bird (Bird, 1872), William Goodell (Goodell, 1844 y 1853) y Eli Smith (Smith, 1832) concentraron su labor en Líbano y Siria y apostaron por la construcción de escuelas que sirvieran de palanca para la evangelización. El objetivo principal seguía siendo Palestina, pero era una tierra hostil a su misión. Parte de la razón del interés por Palestina radicaba en los prolegómenos del sionismo cristiano, que comenzaba a desarrollarse entre las iglesias protestantes de Estados Unidos y de Gran Bretaña. Levi Parsons consideraba que la salvación provenía de los judíos y que, en gratitud, los cristianos debían

restaurar la soberanía judía sobre sus tierras ancestrales (Oren, 2007: 80). En esta visión también se creía que el rescate de los judíos y su retorno a Tierra Santa acelerarían el cumplimiento de la profecía bíblica de la segunda venida de Jesucristo. El paralelismo entre el pueblo judío errante y los colonos que sentaron los cimientos de Estados Unidos ya había sido desarrollado por William Bradford, gobernador de la colonia de Plymouth en el siglo XVII. Los colonos estadounidenses habían bautizado docenas de poblaciones en Norteamérica con los nombres de localidades del Antiguo Testamento (Salem, Silo, Sión...). Quienes habían arribado y prosperado en la tierra prometida de América debían ayudar a los judíos a retornar a Canaán, la tierra prometida, para restaurar el estado de Israel. En 1844, el estudioso de la Biblia y profesor de hebreo en la Universidad de Nueva York, George Bush (ancestro de los presidentes George H. W. Bush y George W. Bush), lanzó un llamamiento a la restauración del Estado judío en Palestina (Oren, 2007: 141-142). Más allá del ámbito protestante, el fundador de los mormones, Joseph Smith, también era un ferviente defensor de la restauración del pueblo judío en Palestina. Esta actitud no solo era propia de clérigos y misioneros, sino que también se manifestaba en destacadas figuras, como el presidente John Adams (Oren, 2007: 89-90). El marino William Francis Lynch, que, bajo el patrocinio del presidente James K. Polk, había liderado en 1848 la primera expedición que navegó el río Jordán desde el mar de Galilea hasta el mar Muerto, aseguró que la restitución de la soberanía del pueblo judío en Palestina pondría fin al subdesarrollo de la región y a la barbarie de los árabes (Lynch, 1849 y 1852). En ocasiones, el sionismo cristiano provocó incidentes diplomáticos. Warder Cresson, nombrado cónsul en Jerusalén por el secretario de Estado James C. Calhoun en 1844, provocó tales escándalos por su fervor religioso y su obsesión por reconstruir el estado de Israel que hubo de ser rápidamente cesado de su cargo.

Pese al celo mesiánico, las comunidades judías se mantuvieron impermeables a los esfuerzos evangelizadores de los misioneros. En 1827, la Asociación Femenina de Boston para la Promoción del Cristianismo entre los Judíos apostó a crear la primera misión permanente en Jerusalén y a enviar al pastor Josiah Brewer (Brewer, 1830). Brewer marchó decidido a reemplazar en la ciudad la bandera “roja de sangre” de los turcos por la blanca de la paz (Oren, 2007: 123). No obstante, al ser informado del estado de la ciudad, Brewer cambió de rumbo y optó por realizar su labor evangelizadora entre la comunidad cristiana de Esmirna (VV.AA., 1836: 161-166). El joven matrimonio de misioneros, compuesto por William y Eliza Thompson, sí que llegó a Jerusalén, pero hubo de asentarse en una ciudad sumida en la guerra desencadenada por la rebelión musulmana contra las tropas egipcias de Mehmet Alí (VV.AA., 1845, 1-16). Eliza murió en medio de las luchas callejeras, al poco de dar a luz y William hubo de abandonar la ciudad. La devastación y la violencia de la

insurrección en Palestina minaron el ánimo de los misioneros protestantes. El reverendo Isaac Bird describió la región como “una tierra de diablos” que ya no estaba “bendecida”, sino “maldita” (Oren, 2007: 124). Muchos misioneros y sus familiares sucumbieron a la violencia y las enfermedades, perdiendo maridos, esposas e hijos. Un tercio de los misioneros enviados entre 1821 y 1846 perecería en naufragios, en asaltos violentos de bandidos y turbas, y en enfermedades como el tifus y la disentería. “El sombrero de un hombre está más seguro en América que la cabeza de un hombre en Turquía”, observó el pastor William Goodell (Oren, 2007: 127-128).

A pesar de la dureza de una tierra que en muchas ocasiones se les presentaba como “depravada” e “impía”, los esfuerzos nunca cesaron (Oren, 2007: 125). En 1861 se estimaba la presencia de 150 misioneros en el Imperio otomano (Oren, 2007: 212). “El destino de América está inevitablemente atado al destino del mundo. América sólo estará segura con la salvación de la humanidad, aseveró el reverendo Dwight Marsh, líder de la misión en Mosul (Oren, 2007: 130). Los misioneros no eran ajenos al espíritu del Destino Manifiesto imperante en la política y la sociedad estadounidenses de aquellos años. El periodista responsable de acuñar el concepto, John O’Sullivan, ya había dejado claro que este no se limitaba al océano Pacífico, sino que buscaba “establecer en la Tierra la dignidad moral y la salvación del hombre” mediante la difusión de los valores estadounidenses por el orbe (Oren, 2007: 130). Los misioneros acudían a Oriente Medio con los últimos avances tecnológicos, como la máquina de coser o el código Morse, lo que evidenciaba la superioridad de un espíritu emprendedor estadounidense que respaldaba su mensaje evangelizador.

Aunque en ocasiones fueron los misioneros quienes solicitaron el despliegue de fuerzas navales estadounidenses en el Levante con la esperanza de obtener la protección del gobierno, nunca albergaron ambiciones territoriales ni establecieron alianzas con grandes empresarios (Field, 1969: 104). Tampoco actuaron como agentes de Washington. Paulatinamente, se volcaron a la construcción de escuelas, hospitales y universidades de gran éxito, sin perder de vista su objetivo de acercar a las comunidades de Oriente Medio a Cristo. El misionero Cyrus Hamlin inició la construcción de la primera universidad moderna en Oriente Medio junto al Bósforo. Robert College abrió sus puertas en 1863 ofreciendo estudios en ingeniería y ciencias aplicadas (Hamlin, 1877 y 1893). En Beirut, Daniel Bliss fundó en 1866 el *Syrian Protestant College* (más tarde rebautizado como la Universidad Americana de Beirut). Mientras tanto, académicos como Edward Robinson, junto con misioneros como Eli Smith, fueron pioneros en el desarrollo de nuevas disciplinas, como la arqueología bíblica (Robinson 1841 y 1856). En 1841 Edward Salisbury, de la Universidad de Yale, se convirtió en el primer profesor de árabe en Estados Unidos. Un

año más tarde se fundaría la American Oriental Society, dedicada al estudio de Oriente Medio.

Las conversiones, no obstante, llegaban con cuentagotas. En las primeras cuatro décadas de labor misionera en el Imperio otomano apenas se convirtieron sesenta personas. El escritor Henry Field ironizó que, en Oriente Medio, eran más los que pasaban de los Evangelios al Corán en un día que los que del Corán a los Evangelios en un siglo (Oren, 2007: 214). La labor con las iglesias orientales no resultó mucho más sencilla. Muchos obispos presionaban a las autoridades otomanas para frenar la labor de los misioneros protestantes y organizaban campañas para impedir la construcción de escuelas e iglesias. En este escenario, la atención de los misioneros se centraría en actividades más inocuas y populares, como la educación o la asistencia médica (Tejirian, 2004: 146-161).

Establecimiento y consolidación de las relaciones diplomáticas con el Imperio otomano

Los primeros intentos de establecer relaciones con el Imperio otomano se dieron durante la presidencia de John Adams. El ministro en Londres, Rufus King, entabló en 1797 las primeras negociaciones con el embajador otomano en la capital. Dos años más tarde, el secretario de Estado, Timothy Pickering, puso al encargado de negocios en Lisboa, William Loughton Smith, al frente de unas negociaciones que nunca se llevaron a cabo tras el relevo de Adams por Thomas Jefferson en la presidencia (Field, 1969: 115). Fue durante el mandato de Jefferson cuando se nombró cónsul en Esmirna al comerciante de Filadelfia, William Stewart. Sin embargo, al carecer Estados Unidos de un tratado con el Imperio otomano, Stewart no pudo desempeñar gran parte de sus funciones consulares. Finalmente, Stewart hubo de regresar a Filadelfia y se tuvo que nombrar a un ciudadano británico como procónsul para encargarse del papeleo requerido de los buques mercantes estadounidenses que recalasen en Esmirna (Field, 1969: 115-116). Esta dependencia de los británicos para el comercio con el Imperio otomano presentaba numerosos problemas que quedaron de manifiesto cuando Estados Unidos entró en guerra con Gran Bretaña en 1812 y Londres retiró su protección y asistencia a los comerciantes estadounidenses en Oriente Medio.

Sin tratado ni mediación británicos, los productos estadounidenses estaban sometidos a gravámenes mucho más onerosos que los de las potencias europeas. Ante la pasividad de Washington, que todavía no veía la necesidad imperiosa de firmar un tratado con Estambul, la iniciativa quedó en manos de empresarios estadounidenses como David Offley, quien en 1811

había abierto la primera oficina comercial norteamericana en Esmirna. Tras doblarse los aranceles como consecuencia de la ruptura de las relaciones con Londres, Offley viajó a Estambul y logró, mediante negociaciones y sobornos, la anulación del incremento de los aranceles para los comerciantes estadounidenses. Se trató de una negociación privada sin autorización ni conocimiento de Washington. Tras perder la protección británica, Offley logró poner a los comerciantes estadounidenses bajo la protección directa de los otomanos (Field, 1969: 117-118).

La falta de avances en la negociación de un tratado se debió tanto a la obstrucción de Gran Bretaña y Francia como a las acciones militares contra la piratería de Argel, Túnez o Trípoli, territorios vasallos del sultán. Así, la piratería berberisca en el Mediterráneo actuó como un irritante en las relaciones entre Washington y Estambul durante las primeras dos décadas del siglo XIX (Oren, 2007: 105-106). Finalmente, en 1819, el secretario de Estado, John Quincy Adams, buscó normalizar las relaciones para proteger tanto a comerciantes como a misioneros. Luther Bradish, abogado neoyorquino, fue enviado a Estambul, donde pronto cayó en las trampas de las intrigas de los embajadores europeos deseosos de descarrilar sus negociaciones. La firma del tratado no llegó a producirse debido a la suma desorbitada que el asesor del sultán Mahmud II, Halet Effendi, exigió como soborno a Bradish (Oren, 2007: 107). El inicio de la guerra de independencia griega en 1821, que se prolongaría hasta 1829, complicaría aún más la posibilidad de un acuerdo. Después de que la opinión pública estadounidense se pusiera claramente del lado de los griegos, el gobierno optó por suspender las negociaciones. Los ocho años de insurrección desataron una oleada de filohelenismo en Estados Unidos. En un país educado en la pasión por los clásicos griegos y cuya arquitectura, escultura e instituciones reflejaban la admiración por el legado heleno, la simpatía hacia la causa griega estaba decidida de antemano. Boston, hogar de varios comerciantes con intereses en Esmirna, fue uno de los pocos lugares donde se ofreció resistencia a esta oleada (Field, 1969: 123).

En 1822, el presidente James Monroe expresó su “esperanza” de que los griegos “recuperasen su independencia” (Field, 1969: 124). Sólo la intervención de su secretario de Estado, Adams, le disuadió de reconocer la independencia de Grecia a finales de 1823. Aunque Adams despreciaba la violencia de los otomanos contra los griegos, consideraba que el bienestar de los misioneros y el interés de los comerciantes debían prevalecer sobre las pasiones filohelenas (Oren, 2007: 110-111). La política de no interferencia acabó imponiéndose, a pesar de que el gobierno y los políticos estadounidenses nunca cesaron de manifestar públicamente su apoyo a la causa independentista. La neutralidad del gobierno, sin embargo, no impidió la proliferación de iniciativas privadas para apoyar a los rebeldes griegos. En Estados Unidos se presentó como una

guerra entre la cristiandad y el fanatismo islámico, así como una resurrección del espíritu de la Grecia clásica de Pericles. Miles de estadounidenses contribuyeron con dinero a la rebelión griega y los gestos simbólicos de apoyo se multiplicaron. Este apoyo también quedó patente en el alistamiento de miles de voluntarios que partieron a luchar en Grecia. En 1824 varios griegos encargaron la construcción de dos fragatas en astilleros estadounidenses. Sólo una de ellas, la *Hellas*, fue entregada en 1826. De sesenta y cuatro cañones, se convirtió en el buque insignia de la marina griega durante la guerra contra los otomanos (Field, 1969: 123-124).

La neutralidad de Washington contrastó con el apoyo decidido de británicos y franceses a la causa griega y contribuyó a mejorar la imagen de Estados Unidos ante la corte de Mahmud II. Aprovechando la circunstancia, Adams recurrió a un estadounidense converso al islam, Muhammad Effendi (George Bethune English), para reanudar las negociaciones a finales de 1823. La no injerencia estadounidense y la ausencia total de ambiciones territoriales sobre los dominios del Imperio otomano fueron algunas de las cartas que jugó Effendi. También impresionó a la corte con sus explicaciones sobre la igualdad entre cristianos y musulmanes en Estados Unidos, donde todos gozaban de los mismos derechos y obligaciones. No obstante, los sobornos y las intrigas de Effendi minaron la confianza de Adams en él, lo que pronto lo redujo a intérprete del nuevo enviado, el comodoro John Rogers, comandante de la flota estadounidense en el Mediterráneo.

Ante el desmembramiento de su imperio, los otomanos otorgaron cada vez más importancia a su flota. La protección de sus islas y costas en el Mediterráneo requería una mayor cantidad y una mayor calidad de navíos de guerra. Tras el apoyo británico y francés a los griegos, Estambul no podía contar con su apoyo para construir nuevos buques. Cuando en 1827 los navíos británicos, franceses y rusos destruyeron la flota otomana y egipcia en la batalla de Navarino, la reconstrucción naval se convirtió en un asunto prioritario para el sultán. Tras Navarino, se proclamó la yihad y los embajadores europeos abandonaron Estambul. La crisis se agudizó con la invasión rusa de Bulgaria y la invasión francesa de Argelia. El escenario quedó entonces expedito para una negociación con Estados Unidos libre de la obstrucción ejercida hasta entonces por los diplomáticos europeos. Pero mientras Mahmud II buscaba una alianza con Washington que despejase el camino para la ayuda naval, Washington tan solo buscaba un tratado comercial (Field, 1969: 147). Inicialmente, Estambul exigió la entrega de barcos de guerra estadounidenses a cambio del tratado, pero los diplomáticos estadounidenses se negaron a costear la nueva flota del sultán. Estados Unidos estaba dispuesto a construirle los barcos, pero el sultán debía pagarlos.

El presidente Andrew Jackson recurrió al veterano empresario David Offley, quien ya había negociado por su cuenta un acuerdo con los otomanos dos décadas antes. Acompañado por el comodoro James Biddle y el comerciante neoyorquino Charles Rhind, Offley logró la firma de un Tratado de Navegación y Comercio el 7 de mayo de 1830. Estados Unidos logró la cláusula de nación más favorecida, la obtención de derechos extraterritoriales (capitulaciones) para sus ciudadanos en Oriente Medio y los puertos otomanos quedaron abiertos a los navíos mercantes estadounidenses. Washington, por su parte, se comprometió a contribuir a la reconstrucción de la flota otomana mediante la construcción de barcos en Estados Unidos y la creación de un astillero en Estambul. Una cláusula secreta, posteriormente rechazada por el Senado, garantizaba la “asistencia” del gobierno estadounidense en la construcción de navíos de guerra para la marina otomana (Field, 1969: 150). Tras la firma, los productos estadounidenses (armamento, muebles, relojes, cristales, algodón, textiles...) comenzaron a inundar las tierras del Imperio otomano, mientras que los mercados de Estados Unidos se vieron abastecidos de alfombras, dátiles, higos, café, marfil y goma arábiga. Tal era el avance del comercio que, en 1879, el cónsul estadounidense en Estambul observó, orgulloso, que hasta “las sagradas lámparas sobre la tumba del Profeta” en Medina “se alimentan con aceite de Pennsylvania” (Field, 1969: 311).

La firma del tratado con el Imperio otomano fue seguida, en 1833, de la firma de un Tratado de Amistad y Comercio con el sultán de Mascate y Omán (Finnie, 1967: 245). Saíd II había creado un imperio que se extendía desde el sur de la península arábiga hasta las costas del este de África, desde Somalia hasta el norte de Mozambique. El diplomático Edmund Roberts, enviado por el presidente Jackson, recorrió las costas de Asia a bordo del USS *Peacock* para abrir las puertas de la región al comercio estadounidense. Una vez más, Washington se benefició de la necesidad de los gobernantes locales de diversificar sus relaciones comerciales y buscar aliados ante la presión de los británicos y de otras potencias europeas. Saíd II inicialmente exigió apoyo militar frente a los portugueses como condición previa para la firma del tratado. Roberts, no obstante, consiguió halagarlo con una serie de regalos que abrieron el camino a un tratado comercial que otorgaba a Estados Unidos el estatuto de “Nación Más Favorecida” (Finnie, 1967: 249).

Andrew Jackson nombró en 1831 al primer encargado de negocios en Estambul: David Porter. Capitán de barco, veterano de las guerras contra los piratas berberiscos en el norte de África y de la guerra de 1812 contra los británicos, había cruzado el Cabo de Hornos. Hombre impulsivo y directo, perdía la paciencia con el protocolo de la corte de Mahmud II. Tras varios regalos y los avances registrados en el astillero estadounidense, la categoría de Porter fue elevada a la de ministro residente. Porter y sus sucesores se

beneficiarían de la permanencia, durante décadas, en Estambul del diplomático, traductor y abogado John Porter Brown, quien garantizaría la continuidad de la política exterior estadounidense hacia el Imperio otomano desde 1832 hasta su muerte en 1872 (Lieser, 2020: 183-188). El perfil de Estados Unidos en Oriente Medio, sin embargo, seguiría siendo bajo: Porter lamentaba que ninguno de los diplomáticos en Estambul pareciera notar que hubiese “algo como una influencia americana” en la región (Oren, 2007: 119). La firma del tratado permitió la creación de consulados estadounidenses en varias ciudades del Imperio otomano. Se trataba de una presencia reclamada por comerciantes, misioneros y viajeros estadounidenses. Sin embargo, durante varias décadas, muchos de los cónsules estadounidenses fueron cristianos árabes, armenios o británicos que aceptaron el puesto sin sueldo por la dignidad y la influencia que acarrearía (Vivian, 2012: 97). En Egipto, por ejemplo, durante 16 años los únicos cónsules estadounidenses fueron ciudadanos británicos (Meyer, 1980: 35). En algunas ocasiones, estos cónsules extranjeros maniobraban para lograr el nombramiento de sus familiares en otros consulados estadounidenses (Wright, 1969: 34). Varios de estos cónsules, que nunca habían puesto un pie en Estados Unidos, provocaron la indignación de los viajeros estadounidenses por su forma de obrar y de comportarse. Finalmente, en 1855, tras haber cerrado varios consulados en Oriente Medio debido a diversas polémicas, el Congreso decretó el requisito de ciudadanía estadounidense para los cónsules y estableció un sueldo para el puesto (Finnie, 1967: 251-255).

Bajo la supervisión de Porter, los ingenieros navales Henry Eckford y Foster Rhodes comenzaron la reconstrucción de la flota otomana en el astillero de Estambul. Aunque no lograron crear una marina poderosa, se ganaron el aprecio del sultán y la admiración de su gobierno (Avcı, 2024: 353-367). El intento de reconstruir el poderío naval otomano se alineó con un incremento en las visitas de los navíos de guerra estadounidenses a las costas de Oriente Medio. En 1832, el comodoro Matthew C. Perry (quien años más tarde abriría las puertas de Japón al comercio) atracó en Alejandría con el navío USS *Concord*. En 1833, el navío USS Delaware, bajo el mando del comodoro Daniel Patterson, visitaría El Cairo, Haifa y Beirut. Estas visitas buscan impresionar a las autoridades locales, mostrando que el poderío naval estadounidense no tenía nada que envidar al británico. No obstante, Londres seguiría ejerciendo una influencia política sobre los otomanos que Washington no deseaba ejercer. La actitud del gobierno estadounidense en Oriente Medio continuaría reflejando una pasividad y una neutralidad amistosa que no se correspondían con su potencial económico. Sólo las necesidades y la presión de comerciantes y misioneros estadounidenses obligaban, cada cierto tiempo, a Washington a tomar la iniciativa política en sus relaciones con el Imperio otomano. Diplomáticos como Porter o su sucesor, Dabney Smith Carr, se

limitarían a favorecer la expansión del comercio y a intervenir puntualmente cuando se pudiera presentar una crisis relacionada con los misioneros. Una diplomacia alejada de las cuestiones geopolíticas cada vez más graves que asolaban al Imperio otomano y que, por tanto, mantenía a Estados Unidos como una potencia irrelevante en los distintos conflictos de Oriente Medio.

Misioneros en Persia

Al igual que en el Imperio otomano, los misioneros constituyeron la punta de lanza en las relaciones entre Estados Unidos y Persia. La fe religiosa de los estadounidenses y de los persas fue un factor decisivo en la percepción mutua. La religión llevó a Washington a enviar su primer diplomático al país en 1883 y contribuyó al cese de las relaciones diplomáticas entre ambas naciones un siglo más tarde, en 1980.

En el siglo XIX, Persia estaba bajo el dominio de la dinastía Qajar, que asumió el poder en 1794 tras décadas de caos e invasiones que siguieron a la caída de la dinastía Safávida a principios del siglo XVIII. Bajo los Qajar, Persia buscó recuperar la estabilidad interna y defender su soberanía e integridad territorial frente al acoso de los rusos y británicos.

El primer ciudadano estadounidense en visitar el país fue el médico y botánico Joel Roberts Poinsett, quien, durante un viaje por Rusia, cruzó brevemente la frontera en 1807. Para su decepción, constató que los persas conocían Francia o Gran Bretaña, pero de Estados Unidos sólo tenían una imagen nebulosa asociada a relatos fantásticos (Ghazvinian, 2021: 19-20). En 1829, ABCFM seleccionó a dos jóvenes, Eli Smith y Harrison Gray Otis Dwight, para la primera incursión en tierras persas (Dwight, 1840 y 1854). A finales de 1830, tras cruzar la península de Anatolia, llegaron a la ciudad de Urmía, situada en el noroeste de Persia y de mayoría kurda y azerí. Su objetivo era la pequeña comunidad de cristianos asirios presente en la ciudad y sus alrededores. El informe que Smith envió a la ABCFM resultó muy esperanzador: vio en los asirios un pueblo ávido de conocer los evangelios y “listo para la cosecha” (Ghazvinian, 2021: 23). Tras un año en la región, los misioneros regresaron a Boston. Alentado por su relato, el ABCFM decidió establecer una misión permanente en Urmía y eligió para ello al joven matrimonio Perkins. Justin Perkins y Charlotte Bass Perkins acababan de casarse. Charlotte, quien se convirtió en la primera estadounidense en cruzar el mar Negro, tuvo que viajar embarazada. Justin Perkins era profesor en el Amherst College de Massachusetts y fue ordenado ministro presbiteriano el mismo año en que partió para Oriente Medio. Los Perkins se convirtieron en los primeros estadounidenses residentes en Irán.

Al igual que en el Imperio otomano, la pretensión no era convertir a los musulmanes, sino a las minorías cristianas. En el noroeste de Irán había varias comunidades armenias, caldeas y asirias. De estas comunidades, la asiria (a la que los misioneros protestantes denominaban “nestoriana”) fue la más receptiva. Aunque ya creían en Jesucristo, Perkins se proponía reeducar a los 600 asirios de Urmía y presentarles una versión más auténtica y purificada de la fe (Perkins, 1843: 9). No eran los únicos misioneros. Perkins, pronto, advirtió el peligro que suponían los sacerdotes “papistas” presentes en la zona, a quienes acusaba de sobornar a los clérigos asirios para someterlos a la autoridad de Roma (Perkins, 1843: 22-23). En Urmía, los misioneros estadounidenses tendrían que competir con los padres lazaristas venidos de Europa para tomar el testigo de los carmelitas y jesuitas que habían evangelizado la zona durante la época safávida (Shannon, 2023: 49-65).

Perkins escribió admirado de los persas, a quienes definió, por su refinamiento, como “los franceses de Asia” (Perkins, 1843: 149-150). No obstante, en otros momentos condenó lo falso y traicionero de su carácter: convenía no olvidar, pese a sus halagos y a su naturaleza hospitalaria, que sus corazones “son preeminentemente engañosos” y que sus lenguas esconden “veneno de áspides” (Perkins, 1843: 149-150).

Pronto comenzaron a llegar nuevos misioneros. El médico Asahel Grant y su esposa Judith llegaron en 1835 (Grant, 1842). Los Perkins y los Grant inaugurarían una escuela y comenzarían la traducción del Nuevo Testamento al siríaco. Judith Grant y Fidelia Fisk, sobrina de Pliny Fisk, impulsaron la creación de la primera escuela femenina, aunque las autoridades prohibieron la matriculación de alumnas musulmanas (Guest, 1830: 43-46). La llegada de nuevos misioneros se redoblaría en las próximas décadas. A finales del siglo XIX, en Persia había más misioneros estadounidenses que el total de misioneros de otros países. Al igual que en el Imperio otomano, los misioneros fundaron colegios, hospitales e iglesias. En 1840 viajó el misionero e impresor Edward Breath, quien instaló una imprenta en Urmía para difundir textos religiosos en siríaco. La imprenta se mantuvo activa hasta 1892. Para entonces, los colegios creados por los misioneros estadounidenses en Persia ascendían a 117 y contaban con 2.400 alumnos (Ghazvinian, 2021: 24).

Una de las labores de los misioneros más celebradas entre los persas fue la medicina. Entre los misioneros-doctores destacó la figura de Joseph Cochran, quien construyó en Urmía un hospital y la primera facultad de medicina moderna de Persia: Westminster College (actualmente, la Universidad de Urmía) (Ghazvinian, 2021: 24). Cochran era uno de los hijos nacidos en Persia del misionero Joseph Gallup Cochran, asentado en Urmía desde 1848. El caso de Cochran fue un fenómeno recurrente: generaciones de misioneros que se tomaban el testigo, siendo la primera nacida en Estados Unidos y las siguientes

oriundas de Persia. Los misioneros actuaron como intermediarios entre Estados Unidos y Persia.

Mediante sus prédicas y acciones, los misioneros fueron difundiendo una imagen de Estados Unidos como un país justo, generoso y promotor del progreso en el mundo (Ghaneabassiri, 2002: 145-175). A través de los libros de viaje y las memorias de los misioneros, los estadounidenses comenzaron a familiarizarse con los usos y costumbres de Persia (Bassett, 1887: V). Dada su vocación evangelizadora, las impresiones que transmitieron a sus conciudadanos estadounidenses incidían en el peso de la religión al comprender la política y la sociedad persas. En no pocas ocasiones, la similitud o disimilitud entre estadounidenses y persas se medía por la cercanía o lejanía de sus creencias y prácticas religiosas. Por lo general, juzgaban que el islam era un factor decisivo para explicar las injusticias y el atraso del país (Kashani-Sabet, 2011: 6107-625). En 1841, la ABCFM brindó a los estadounidenses la posibilidad de conocer de primera mano a un representante de Persia al invitar al obispo asirio de Urmía, Mar Yohannan. Durante su recorrido por Estados Unidos, Yohannan congregó multitudes de curiosos.

Los misioneros dejaron una fuerte impronta en Persia, especialmente en el noroeste del país (Fooladi-Panah, Kazim-Beygi y Moosavi, 2022/2023: 293-314). Más allá del legado educativo y sanitario de los misioneros, la historiografía ha debatido intensamente las consecuencias políticas de su presencia durante más de un siglo en la zona. Algunos autores han señalado que la difusión de textos en siríaco a través de la imprenta traída por los protestantes, así como la creación de colegios en los que los alumnos asirios eran mayoría, contribuyeron a sentar las bases de una nueva identidad asiria (Becker, 2015: 1-36). Otros, por el contrario, sostienen que la labor educativa de los misioneros contribuyó a la construcción de una identidad nacional iraní (Rostam-Kolayi, 2008: 213-239). Lo único que está claro es que los misioneros no lograron cumplir su principal objetivo: tras varias décadas, a pesar de sus esfuerzos, el número de conversos al protestantismo entre los cristianos persas se contaba por centenares y no por miles (Ghazvinian, 2021: 25).

El establecimiento de las relaciones diplomáticas entre Washington y Teherán

Al igual que el Imperio otomano, la Persia de mediados del siglo XIX estaba ansiosa por escapar de la pinza ruso-británica. Desde el norte, Rusia le arrebatava territorios en el Cáucaso y en Asia Central. Desde el Golfo Pérsico y la India británica, Londres empujaba agresivamente su zona de influencia en territorio persa. Teherán buscaba con urgencia un aliado poderoso que le

ayudase a hacer frente a esta doble amenaza. Desde la llegada al poder de Nasereddín Shah Qajar, quien reinó durante largo tiempo entre 1848 y 1896, el gobierno había redoblado sus esfuerzos por modernizar el país y establecer nuevas alianzas.

La actitud de los misioneros protestantes había ganado la confianza y el aprecio de los persas. Eran como los europeos, pero sin albergar designios territoriales ni hegemónicos sobre Persia. Poco a poco, Estados Unidos fue percibido como una potencia económica y militar igual o superior a las europeas, pero sin su afán imperialista y colonialista (Rostam-Kolayi, 2008: 29). El primer ministro reformista del sha, Amir Kabir, decidió explorar la posibilidad de un acercamiento a Washington. Estados Unidos, con su tecnología e industria, podría servir de “tercera fuerza” para poner fin al impasse ruso-británico (Rostam-Kolayi, 2008: 29-30).

En 1849 Kabir envió un emisario a Estambul para reunirse en secreto con Dabney Smith Carr, ministro residente. Al año siguiente, las conversaciones prosiguieron, aunque esta vez con un nuevo ministro estadounidense, George Perkins Marsh. El diplomático persa usó como plantilla para las negociaciones con Marsh el tratado alcanzado unos años antes con España (Field, 1969: 258). Finalmente, el 9 de octubre de 1851 firmaron un Tratado de Amistad, Comercio y Navegación que, entre otras cosas, implicaba la apertura de un consulado estadounidense en Bushehr, un puerto codiciado por los británicos. No obstante, el Senado estadounidense se negó a ratificarlo al comprobar que el tratado no incluía la misma inmunidad y los mismos privilegios extraterritoriales para sus ciudadanos que los de los tratados firmados entre Persia y otras naciones europeas. Sin embargo, eran precisamente esas cláusulas humillantes en los tratados, no pocas veces impuestas, las que habían empujado a Teherán a buscar un tratado con Estados Unidos, con la esperanza de hacerlo en pie de igualdad. Pero para el Senado, lograr menos concesiones que los europeos constituía una humillación para el prestigio nacional. El rechazo del Senado coincidió con la caída en desgracia y el asesinato de Kabir, principal impulsor del tratado, lo que detuvo las negociaciones para su enmienda y ratificación. El ministro Marsh estaba convencido de que había una mano negra británica detrás de los hechos en Persia y, cuando las conversaciones se reanudaron en 1854, se llevaron a cabo en el máximo secreto. Para entonces, el nuevo interlocutor estadounidense en Estambul era Carroll Spence, un diplomático de posturas claramente antibritánicas.

El sha buscaba una alianza política y la asistencia militar estadounidense frente a Gran Bretaña, mientras que Washington sólo buscaba un acuerdo comercial y la protección de sus ciudadanos en Persia. Entre las demandas del sha se encontraban la compra de navíos de guerra y la contratación de marinos estadounidenses; el despliegue de buques de guerra estadounidenses en el

Golfo Pérsico para la protección del comercio persa y el permiso para que los barcos persas navegasen bajo la bandera estadounidense. Todo ello resultaba inaceptable para Washington. Mientras tanto, la exigencia estadounidense de privilegios extraterritoriales para sus ciudadanos resulta inadmisibles para Teherán. Esos privilegios habían sido concedidos a otros países en situaciones de extrema vulnerabilidad, como tras derrotas militares o mediante concesiones de préstamos urgentes. El sha tenía miedo de establecer el precedente con Estados Unidos de que cualquier nación pudiera exigir las mismas concesiones humillantes que las obtenidas por Rusia mediante las armas (Ghazvinian, 2021: 30-31).

En mayo de 1856, el sha envió un nuevo delegado a Estambul: Mirza Malkam Jan, un cristiano armenio educado en París, quien más tarde serviría como embajador de Persia ante Francia, Italia, Alemania, Austria y el Reino Unido. Ante la insistencia de un despliegue naval estadounidense en el Golfo Pérsico, Spencer le hizo ver que su país siempre había evitado las alianzas militares y que el único acuerdo posible era de naturaleza comercial. La marina mercante de Estados Unidos, insistió Spence, haría más daño al monopolio británico y beneficiaría más a las arcas del sha que una intervención militar (Field, 1969: 259). En aquellos momentos, Estados Unidos se encontraba bajo la presidencia de James Buchanan, quien en su discurso inaugural había reiterado la adherencia de la nación a los principios de amistad y comercio con todas las naciones, de no interferir en los asuntos domésticos de otros países y de abstenerse de alianzas comprometedoras (Yeselson, 1966: 22).

Para desencallar las negociaciones, el Departamento de Estado buscó la mediación de Rusia y trató de mantener las conversaciones al abrigo de los agentes británicos y franceses (Yeselson, 1966: 21). Ante el inicio de una nueva guerra con Gran Bretaña, Teherán dio finalmente su brazo a torcer y aceptó todas las exigencias de Washington (Alexander y Nanes, 1980: 2-5). El veterano diplomático Farroj Jan se unió a Malkam Jan en la redacción del tratado, firmado el 13 de diciembre de 1856. La firma coincidió con el ataque y la ocupación británica de Bushehr, el mismo puerto que el sha había buscado proteger con asistencia estadounidense en el marco del tratado. Para Spence, la coyuntura no podía ser más prometedora. En una misiva a Washington afirmó que debían hacer uso de su nueva amistad con Persia para utilizarla como moneda de cambio con Londres y debilitar la posición del Reino Unido en Oriente Medio (Field, 1969: 260). Spence quería usar a los persas contra los británicos, de la misma forma en que los persas buscaban usar a los estadounidenses contra los británicos (Mirfendereski, 2014). Ante la ausencia de obligaciones militares, el Senado ratificó el tratado, pero se abstuvo de financiar una misión diplomática en Teherán pese al requerimiento de Spence y del presidente Buchanan. Desde el punto de vista del Senado, la ausencia de un comercio notable con Persia

y de intereses estratégicos en el país hacía injustificable el desembolso de fondos para la apertura de una legación diplomática. A diferencia de Spence, el Senado no otorgaba importancia alguna a la dimensión política potencial de la relación con Persia. Para la corte persa, que no comprendía los pormenores de la política interna de Washington, esto fue percibido como un desaire directo a la dignidad del monarca. Pero aún, Washington había dejado al sha expuesto ante los británicos, ya que el objetivo del tratado era reforzar su mano frente a Londres (Ghazvinian, 2021: 33-34). El único gesto tras la firma del tratado fue la visita del buque USS Minnesota, comandado por el capitán Samuel F. DuPont, a la costa persa en abril de 1857. Hasta 1879 no volvería a recalar otro navío de guerra estadounidense en las aguas del Golfo Pérsico.

La crisis interna en Estados Unidos y el estallido de la guerra civil en 1861 dejaron de lado las consideraciones sobre la relación con Persia. La pasividad y el desinterés de Washington contrastaban con el creciente entusiasmo de Nasereddín Shah por estrechar lazos con las potencias occidentales. En 1873 se convirtió en el primer monarca persa en viajar a Europa. En 1878 repitió su visita. En Inglaterra pudo comprobar de primera mano la pujanza del comercio y la técnica estadounidense (Ghazvinian, 2021: 34). Finalmente, pese a las reticencias del Senado, la presencia de misioneros estadounidenses en Persia acabó por forzar a este a financiar la apertura de una embajada en el país (Yeselson, 1966). Durante décadas, los intereses de los estadounidenses en el noroeste de Persia estuvieron en manos del cónsul británico en Tabriz (aunque en ocasiones los cónsules de Francia y Rusia también actuaron en representación de los estadounidenses). En 1881, el embajador británico ante el Imperio otomano, Lord Dufferin, ordenó la retirada de la protección consular a todos aquellos que no fuesen súbditos de la corona. La decisión dejaba expuestos a los sesenta misioneros estadounidenses y sus familiares en Persia. Ante la petición estadounidense de reconsiderar la decisión, Lord Dufferin aceptó mantener las actividades consulares a favor de los misioneros, siempre que estos no causasen problemas con las autoridades del país (Goode, 1984: 100-118). Sin embargo, la rectificación británica coincidió con el anuncio de que los misioneros ya no disuadirían a los musulmanes que desearan asistir a sus servicios religiosos. El ministro británico en Teherán, Ronald F. Thomson, alertó sobre la crisis diplomática que provocaría tal decisión (Goode, 1984: 100-118).

La seguridad de los misioneros era un asunto que cada vez más preocupaba a Washington. A finales de 1880 se produjo una rebelión kurda en el noroeste de Persia. El congresista Rufus R. Dawes, un devoto presbiteriano de Ohio que tenía a su hermana y a su cuñado en Urmía, solicitó al secretario de Estado William M. Evarts medidas enérgicas para proteger a los misioneros de la “furia mahometana”. En marzo de 1882, Dawes intentó presentar una moción para

ampliar la acreditación del ministro estadounidense en Estambul ante Persia. “Persia es una de las más antiguas y, en su momento, la más poderosa nación en la tierra”, declaró en público. No obstante, bajo el yugo del islam se había vuelto en un país insignificante al que la “joven y vigorosa civilización cristiana de América ha extendido su brazo” para rescatarlo “de su degradación moral” (Ghazvinian, 2021: 36). En privado, Dawes apeló a la vida de su hermana para ganarse el voto de sus compañeros de la Cámara de Representantes. El 7 de agosto de 1882, el presidente Chester Arthur firmó la resolución del Congreso y, al año siguiente, partió el primer diplomático hacia Teherán (Ghazvinian, 2021: 37).

Samuel Greene Wheeler Benjamin era hijo de misioneros, viajero y políglota. Había nacido en Grecia y trabajado como periodista. Para su viaje y residencia en Teherán, el Congreso apenas le concedió 8.000 dólares. Se trató de un grave error de cálculo. El choque cultural fue evidente. Mientras el sha preparó un recibimiento ostentoso y lo colmó de regalos y honores, Benjamin se presentó en un estado que causó consternación en la corte persa. La sobriedad estadounidense contrastaba de forma clamorosa con el protocolo que esperaba el ceremonial Qajar (Ghazvinian, 2021: 39). Tras la recepción, Benjamin hubo de dormir en el sofá de la casa de unos misioneros estadounidenses. Nada en este modesto comienzo auguraba la importancia política y económica que adquirirían las relaciones entre ambos países en la segunda mitad del siglo XX. Tras la llegada de Benjamin, durante décadas las relaciones entre el gobierno persa y el estadounidense siguieron siendo esporádicas y de poca importancia, frente a una Persia acosada por Rusia y Gran Bretaña (Ghaneabassiri, 2002: 145-175).

El impacto de la Guerra de Secesión, 1861-1865

El inicio de la guerra civil estadounidense en abril de 1861 y la fractura del país entre los estados unionistas del norte y los estados secesionistas del sur pusieron a prueba la lealtad de los diplomáticos en Oriente Medio. El ministro residente en Estambul, James Williams, oriundo del estado sureño de Alabama, fue descubierto maniobrando para lograr que la Confederación obtuviera el reconocimiento del sultán. Al conocer la noticia, el presidente Lincoln lo destituyó y lo reemplazó por el congresista republicano Edward Joy Morris, de Pensilvania. En Egipto, el vicecónsul en El Cairo, Robert I. Wilkinson, fue destituido tras declarar su lealtad a la causa confederada (VV. AA., 1866: 405-406). Por el contrario, informó aliviado Morris, entre los 150 misioneros presentes en Oriente Medio, que actuaban como representantes de facto de Estados Unidos en varios lugares, no se registraron casos de apoyo manifiesto a la causa confederada.

Acosado por las ansias anexionistas de potencias extranjeras y las ambiciones independentistas de sus dominios, el Imperio otomano no se mostró proclive a apoyar la secesión de los estados del sur. El gobierno del sultán mostró en varias ocasiones su apoyo a mantener intacta la unión y prohibió que los navíos confederados operaran en aguas del Imperio otomano (VV. AA., 1862: 789). Dejando patente su apoyo a la Unión en la guerra civil, el sultán Abdulaziz I renovó oficialmente el 25 de febrero de 1862 el Tratado de Amistad y Navegación firmado en 1830. En otro gesto de apoyo a Estados Unidos, el sultán otorgó su permiso en 1863 para la apertura del Roberts College en Constantinopla, impulsado por el misionero Cyrus Hamlin, a pesar de la oposición de las comunidades católica y ortodoxa de la ciudad.

Los principales problemas diplomáticos durante la guerra de secesión se concentraron en Egipto, una región de facto independiente del Imperio otomano que seguía manteniendo un vasallaje nominal. El bloqueo marítimo unionista a la Confederación posibilitó el despegue de las exportaciones de algodón egipcias a Gran Bretaña, lo que se reflejó en un incremento del 350% entre 1861 y 1865 (Wright, 1969: 70). Aunque El Cairo había manifestado su apoyo a la Unión, la participación de Egipto en la expedición militar francesa en México provocó una crisis diplomática (VV. AA., 1861: 421-423). Aprovechando la debilidad estadounidense, Napoleón III había iniciado una operación militar en México que puso a prueba la vigencia de la Doctrina Monroe. El valí egipcio, Mehmet Said, contribuyó en enero de 1863 con un batallón de 500 soldados del Sudán. El parecer de los franceses era que las tropas sudanesas serían perfectas para el clima árido de México (VV. AA., 1863: 1200). Sin embargo, docenas de soldados, incluido su comandante, sucumbirían a la fiebre amarilla. Mientras duró la guerra civil, Washington se mostró impotente para hacer nada al respecto en México. Una vez finalizada, sin embargo, Estados Unidos se apresuró a amenazar con una intervención militar en Egipto. En 1865, el cónsul en Alejandría, Charles Hale, recordó a las autoridades egipcias que Washington contaba en ese momento con más de 100.000 soldados afroamericanos que se aclimatarían perfectamente si fueran enviados a una expedición militar en Egipto (Oren, 2007: 187). Aunque las tropas egipcias permanecieron en México hasta 1867, la presión estadounidense surtió efecto y El Cairo se abstuvo de enviar refuerzos.

La guerra de secesión, en palabras de Edward J. Morris, había dañado “el prestigio nacional” en Oriente Medio, una región donde se “respetaba” el “poder” y se “desdeñaba” la “debilidad” (VV. AA., 1862: 784). Estados Unidos tenía que proyectar una imagen de fuerza y decisión en la región, o si no, invitaría al abuso otomano u egipcio. Morris solicitó al secretario de Estado, William Henry Seward, el despliegue de una escuadra en la región, petición que fue rechazada debido a la necesidad de la marina de concentrar sus navíos en la

lucha contra las fuerzas confederadas. Determinado a proyectar una imagen de indefensión en plena guerra civil, Lincoln actuó con decisión cuando un sirio cristiano que trabajaba para los misioneros estadounidenses fue apaleado por una multitud de musulmanes. Si los culpables no eran apresados y castigados, Lincoln amenazó con tomar represalias directas (Monaghan, 1945: 237-238).

Las relaciones con Egipto se recompusieron tras la guerra. Uno de los implicados en el asesinato de Lincoln, Harrison Surrat Jr., buscó refugio en Egipto, pero fue detenido por las autoridades nada más desembarcó en Alejandría. Mientras tanto, Ismail Pachá, impresionado por la potencia de fuego de los contendientes durante la guerra civil, solicitó la ayuda de Washington para modernizar su ejército. Aprovechando la desmovilización de los ejércitos, Ismail Pachá contrató a oficiales unionistas y confederados para entrenar y modernizar las tropas egipcias. El confederado William Wing Loring se puso al frente, como inspector general, de un grupo de 48 asesores militares estadounidenses desplegados en Egipto (Oren, 2007: 195). Por su parte, el Imperio otomano compró excedentes de armamento tras la guerra que Washington no deseaba retener. Estambul adquirió así 236.000 sables, 60.000 rifles y cincuenta millones de cartuchos (Field, 1969: 312).

Conclusión

Las circunstancias del desembarco estadounidense en Oriente Medio durante la primera mitad del siglo XIX condicionaron la política exterior estadounidense en la región durante los siglos XX y XXI. El ímpetu misionero y mercantil constituyó los factores determinantes para establecer relaciones diplomáticas con el Imperio otomano y Persia. La avanzadilla misionera en la región influyó decisivamente en la imagen que los estadounidenses se hicieron de Oriente Medio y en la que sus pueblos se hicieron de Estados Unidos. Una imagen en la que el idealismo y la religión tenían un peso preponderante. Para los misioneros, las tierras y los pueblos de Oriente Medio necesitaban la ayuda que solo los estadounidenses podían brindarles. Los misioneros se convirtieron en pioneros del “internacionalismo cultural” estadounidense (Grabill, 1971: 4). Un nuevo Destino Manifiesto se iba configurando, en el que a Estados Unidos benevolente le correspondía la tarea de rescatar a Oriente Medio de su atraso y fanatismo. En las mentes de americanos, turcos, árabes y persas, esta actitud desinteresada contrastaba con la rapacidad de las potencias europeas. A finales del siglo XX, la buena nueva de los misioneros protestantes sería reemplazada por la de los políticos idealistas. La salvación en Jesucristo por la salvación en la democracia. Los misioneros también plantaron otra semilla, con importantes consecuencias para la política exterior estadounidense décadas más tarde:

el sionismo cristiano. La obsesión religiosa por Tierra Santa y las creencias proféticas sobre la restauración de un estado hebreo en Palestina contribuyeron a crear una cultura política en la que la seguridad de Israel adquirió una importancia desmesurada para Washington.

En cuanto al ímpetu comercial de la diplomacia estadounidense, resultaba insuficiente para las expectativas de los líderes regionales. En sus negociaciones con los enviados de Washington, el Imperio otomano, Omán y Persia buscaban una alianza que les permitiera contrarrestar la presión de las potencias europeas. Estados Unidos era una nación distante, sin ambiciones territoriales en Oriente Medio y con un poderío militar e industrial que nada tenía que envidiar al de los europeos. Se trataba de un aliado perfecto para las potencias regionales acosadas por el imperialismo de Rusia, de Gran Bretaña o de Francia. Sin embargo, la política exterior estadounidense de comienzos del siglo XIX estaba condicionada por una doctrina que rechazaba la creación de alianzas permanentes o las intervenciones militares que no fuesen estrictamente necesarias para proteger el libre comercio. Por otra parte, Oriente Medio era un escenario menor para los intereses de Washington. La expansión al oeste, las crecientes disputas en torno a la esclavitud, la voluntad de poner coto a la injerencia europea en el continente americano y el establecimiento de una primacía estadounidense en él constituían las principales preocupaciones estratégicas en Washington. En Oriente Medio, por tanto, no había intereses estratégicos y la única política asumible era una que se limitase a promover el comercio y a proteger la labor de los misioneros en la región.

Paradójicamente, la modestia de las ambiciones estadounidenses en Oriente Medio, unida a su creciente pujanza económica, la convertía en un socio deseado en Estambul, Mascate o Teherán. Los límites que Washington se impuso a sí mismo al desarrollar su política exterior limitaban su potencial a la vez que la diferenciaban de la de Gran Bretaña, Francia o Rusia. Así, las limitaciones autoimpuestas en sus relaciones exteriores le hacían un socio especialmente atractivo para las potencias de Oriente Medio al mismo tiempo que menoscababan su capacidad para capitalizar esta simpatía en la región. También restringió el alcance de su política al choque cultural entre el carácter austero, directo y sencillo del republicanismo estadounidense y la pompa, la sofisticación y la ostentación de las cortes otomanas y persas. En no pocas ocasiones, los diplomáticos estadounidenses, ofreciendo una imagen descuidada y plebeya, no estuvieron a la altura de la etiqueta y el ceremonial palaciegos. La política de sobornos, regalos fastuosos y duplicidad en las negociaciones era una afrenta a la mentalidad republicana del Congreso estadounidense, que a menudo no proporcionaba a los embajadores la libertad ni los medios necesarios para cumplir su misión.

El pragmatismo comercial y el idealismo evangelizador fueron las dos líneas maestras que marcaron la relación de Estados Unidos con Oriente Medio entre 1800 y 1865. Salvo en el caso del diplomático Carroll Spence, no se planteó ninguna política que conectase los intereses en Oriente Medio con los de otras regiones del mundo, ni se adoptó un planteamiento geoestratégico en las relaciones con las potencias regionales. Sólo durante la presidencia de Lincoln comenzó a plantearse la necesidad de una proyección de fuerza en la región como instrumento para asegurar la credibilidad de Estados Unidos en Oriente Medio.

Bibliografía

- Alexander, Yonah y Nanes, Allan, eds. (1980): *The United States and Iran: A Documentary History*, Frederick, University Publications of America.
- Avcı, Aysegül (2024): "Successful failure: American naval engineers at the Imperial Arsenal in Constantinople 1831–1842", *Middle Eastern Studies*, 60: 3, pp. 353-367.
- Bacevich, Andrew J. (2016): *America's War for the Greater Middle East: A Military History*, Nueva York, Random House.
- Bassett, James (1887): *Persia: The Land of the Imams. A Narrative of Travel and Residence 1871-1885*, Londres, Blackie & Son.
- Becker, Adam H. (2015): *Revival and Awakening: American Evangelical Missionaries in Iran and the Origins of Assyrian Nationalism*, Chicago, University of Chicago Press.
- Bird, Isaac (1872): *Bible Work in Bible Lands; or Events in the History of the Syria Mission*, Filadelfia: Presbyterian Board of Missions.
- Brewer, Josiah (1830): *Patmos, and the Seven Churches of Asia*, New Haven, Durrie and Peck.
- Bryson, Thomas A. (1977): *American Diplomatic Relations with the Middle East, 1784-1975: A Survey*, Metuchen, N.J., The Scarecrow Press.
- Dwight, Harrison Gray Otis (1854): *Christianity in Turkey: A Narrative of the Protestant Reformation in the Armenian Church*, Londres, James Nisbet and Co.
- Dwight, Harrison Gray Otis (1840): *Memoir of Mrs. Elizabeth B. Dwight, Including an Account of the Plague of 1837 (with a Sketch of the Life of Judith S. Grant)*, Nueva York, M.W. Dodd.
- Field, James A. (1969): *America and the Mediterranean World, 1776-1882*, Princeton, Princeton University Press.
- Finnie, David H. (1967): *Pioneers East: The Early American Experience in the Middle East*, Cambridge, Harvard University Press.
- Fooladi-Panah, Azam; Kazim-Beygi, Mohammad-Ali y Moosavi, Jamal (2022/2023): "The Consequences of American missionary activities in the Assyrian society of Azerbaijan (1250-1342 A. H./1834-1925 AD)" en *Religions and Mysticism*, 55: 2, pp. 293-314.
- Gardner, Lloyd C. (2011): *Three Kings: The Rise of an American Empire in the Middle East After World War II*, Nueva York, The New Press.
- Ghaneabassiri, Kamyar (2002): "U.S. foreign policy and Persia, 1856–1921", *Iranian Studies*, 35:1-3, pp. 145-175.
- Ghazvinian, John (2021): *America and Iran: A History, 1720 to the Present*, Nueva York, Alfred A. Knopf.

- Goode, James F. (1984): "A Good Start: The First American Mission to Iran, 1883-1885", *The Muslim World*, 74: 2, pp. 100-118.
- Goodell, William (1844): *Mr. Southgate and the Missionaries at Constantinople*, Boston, Crocker and Brewster.
- Goodell, William (1853): *The Old and the New; or Changes of Thirty Years in the East: with Some Allusions to Oriental Customs as Elucidating Scripture*, Nueva York, M.W. Dodd.
- Grabill, Joseph L. (1971): *Protestant Diplomacy and the Near East. Missionary Influence on American Policy, 1810-1927*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Grant, Asahel (1841): *The Nestorians*, Nueva York, Harper.
- Guest, William (1870): *Fidelia Fiske. The Story of a Consecrated Life*, Londres, Morgan & Chase.
- Hahn, Peter L. (2005): *Crisis and Crossfire: The United States and the Middle East Since 1945*, Washington D.C., Potomac Books.
- Hamlin, Cyrus (1877): *Among the Turks*, Nueva York, American Tract Society.
- Hamlin, Cyrus (1893): *My Life and Times*, Boston, Congregational Sunday-School and Publishing Society.
- Kashani-Sabet, Firoozeh (2011): "American Crosses, Persian Crescents: Religion and the Diplomacy of US-Iranian Relations, 1834-1911", *Iranian Studies*, 44: 5, pp. 607-625.
- Khalidi, Rashid (2010): *Sowing Crisis: The Cold War and American Dominance in the Middle East*, Boston, Beacon Press.
- Khalidi, Rashid (2005): *Resurrecting Empire: Western Footprints and America's Perilous Path in the Middle East*, Boston, Beacon Press.
- Leiser, Gary (2020): "John Porter Brown, Early American Orientalist (1814-1872)", *Journal of the American Oriental Society*, 140: 1, pp. 183-188.
- Lesch, David W. y Haas, Mark H. (eds.) (2019): *The Middle East and the United States*, Nueva York, Routledge.
- Little, Douglas (2008): *American Orientalism: The United States and the Middle East since 1945*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press.
- Lynch, William Francis (1849): *Narrative of the United States' Expedition to the River Jordan and the Dead Sea*, Philadelphia and London.
- Lynch, William Francis (1852): *Official Report of the United States' Expedition to Explore the Dead Sea and the River Jordan*, Baltimore, John Murphy.
- McAlister, Melani (2005): *Epic Encounters: Culture, Media, and U.S. Interests in the Middle East since 1945*, Berkeley, University of California Press.
- Meyer, Gail E. (1980): *Egypt and the United States: The Formative Years*, Londres, Associated University Presses.

- Mirfendereski, Guive (2014): *The Privileged American: The U.S. Capitulations in Iran, 1856-1979*, Costa Mesa Ca., Mazda Publishers.
- Monaghan, Jay (1945): *Abraham Lincoln Deals with Foreign Affairs: A Diplomat in Carpet Slippers*, Indianapolis, Bobbs-Merrill Company.
- Oren, Michael B. (2007): *Power, Faith, and Fantasy: America in the Middle East, 1776 to the Present*, Londres, W.W. Norton.
- Perkins, Justin (1843): *Residence of Eight Years in Persia, Among the Nestorian Christians; With Notices of the Muhammedans*, Nueva York, Allen, Morrill & Wardell.
- Robinson, Edward (1841): *Biblical Researches in Palestine, Mount Sinai and Arabia Petraea. 3 vols.*, London and Boston, Crocker & Brewster.
- Robinson, Edward (1856): *Later Biblical Researches in Palestine and the Adjacent Regions*, Boston, Crocker & Brewster.
- Rostam-Kolayi, Jasamin (2008): "From Evangelizing to Modernizing Iranians: The American Presbyterian Mission and its Iranian Students", *Iranian Studies*, 41: 2, pp. 213-239.
- Shannon, Matthew (2023): "Christian missionaries and the foundation of modern schools in Iran between the 1830s and 1910s" en Thomas, David y Chesworth, John A., (eds.): *Christian-Muslim Relations. A Bibliographical History Volume 20. Iran, Afghanistan and the Caucasus (1800-1914)*, Leiden, Brill, pp. 49-65.
- Smith, Eli (1832): *Trials of Missionaries (A Sermon)*, Boston, Crocker and Brewster.
- Tejirian, Eleanor H. (2004): "The United States, the Ottoman Empire, and the Postwar Settlement" en Simon, Reeva Spector y Tejirian, Eleanor, (eds.): *The Creation of Iraq, 1914-1921*, Nueva York, Columbia University Press, pp. 146-161.
- Vivian, Cassandra (2012): *Americans in Egypt, 1770-1915*, Londres, McFarland & Company.
- VV. AA. (1861): *Message of the President of the United States to the Two Houses of Congress, at the Commencement of the Second Session of the Thirty-seventh Congress*, Washington D.C., United States Government Printing Office.
- VV. AA. (1866): *Papers Relating to Foreign Affairs, Accompanying the Annual Message of the President to the Second Session Thirty-eighth Congress, Part IV*, Washington D.C., United States Government Printing Office.
- VV. AA. (1862): *Papers Relating to Foreign Affairs, Accompanying the Annual Message of the President to the Third Session Thirty-seventh Congress*, Washington D.C., United States Government Printing Office.

- VV. AA. (1863): *Papers Relating to Foreign Affairs, Accompanying the Annual Message of the President to the First Session Thirty-eighth Congress, Part II*, Washington D.C., United States Government Printing Office.
- VV. AA. (1836): *The Foreign Missionary Chronicle: Containing a Particular Account of the Proceedings of the Western Foreign Missionary Society, vol. IV*, Pittsburgh, William Allinder.
- VV. AA. (1835): *The Foreign Missionary Chronicle: Containing a Particular Account of the Proceedings of the Western Foreign Missionary Society, vol. III*, Pittsburgh, MacLean.
- Wright, L. C. (1969): *United States Policy Towards Egypt, 1830-1914*, Nueva York, Exposition Press.
- Yeselson, Abraham (1966): *United States-Persian diplomatic relations, 1883-1921*, New Brunswick, Rutgers University Press.